



María Caso

- Licenciada en Derecho y Ciencias Políticas y de la Administración Pública, Ciencias Políticas y Gobierno.
- Directora de El Futuro es Ahora - Demos Lab.
- Consejo Asesor del Alto Comisionado España Nación Emprendedora.
- Presidenta de Inakuwa

¿Cómo puede la #inteligencia colectiva ayudarnos a identificar los problemas de nuestro tiempo?

La inteligencia colectiva desde su operatividad formal y material

Imaginen un hilo que va tejiendo imparablemente una figura a través de diversos puntos. Cada vez que dibuja uno de esos puntos, cambia su dirección, conformando una estampa de filamentos cruzados que conversan entre sí dando lugar a nuevas formas y horizontes. Con independencia del contenido o del sentido de cada movimiento, con independencia de si sus direcciones se enredan o de si manifiestan desacuerdo en sus propósitos, el hilo avanza imparablemente. Esta abstracción es la definición de la inteligencia colectiva, una escultura única que va dando forma física a las ideas compartidas.

Este artículo pretende recoger una de esas esculturas de hilo únicas porque nació de una serie concreta de intervenciones, y no de otras, otorgándome así un papel como autora que consiste en mostrar con palabras lo que en realidad es tejido compartido. El objetivo será identificar con ello el motor que guía el tema que aquí nos ocupa, que no es otro que el de la *inteligencia colectiva*. Con la premisa de ser fiel a esta abstracción -difícilmente aprehensible sino es por conocimiento directo-, intentaré no cometer injerencias, sabiendo que mi nula intervención es metafísicamente imposible por el papel que ocupó como ordenadora, intérprete o creadora de lo dado. He aquí entonces mi primera conclusión: mi mayor aportación es la de confiar en este proceso de inteligencia colectiva que hoy se impone en estas letras, con la humildad y las renunciaciones que me sean posibles.

La inteligencia colectiva es más que la suma de las inteligencias individuales y, frente al resto de inteligencias es tremendamente innovadora porque siempre transita caminos distintos. No tiene memoria, ni automatismos, ni prejuicios. Aunque pueda parecer paradójico, esta capacidad intelectual constituye en realidad la masa madre de las inteligencias individuales. Como muchos otros animales, los seres humanos somos el conjunto de redes personales, neuronales, culturales y familiares que nos hacen sobrevivir. Para nuestra fortuna, socializar está en lo más íntimo de la condición que ostentamos.

La cooperación, esa construcción genuina del ser humano, requiere de una serie de condiciones de posibilidad que no siempre están garantizadas en una sociedad poco amiga de la vulnerabilidad que nos constituye. La colaboración implica esfuerzo; dejar de lado el miedo, la certidumbre, el poder disfrutado. Implica organicidad, tiempo y confianza. Las contribuciones, recíprocas o no, las alianzas, implican establecer objetivos comunes y utilizar un lenguaje aprehensible para todas las partes. Requiere grandes dosis de generosidad y de modestia, de aceptar nuestra propia mediocridad y de construir desde el otro y con el otro, de no esperar nada a cambio y de asumir que a veces las respuestas que deseamos no existen.

En un momento de identidades tan férreas e inconexas, colaborar exige de una escucha verdaderamente transformadora. Nos interpela a cambiar de opinión, a dar y recibir bien un feedback sobre lo propio y lo ajeno, a apreciar el proceso y a gestionar el conflicto y los desacuerdos. Precisa de valentía, recursos y tiempo, lo que en muchas ocasiones la convierte en un privilegio que discrimina quién tiene una voz contundente para cambiar la dirección del hilo y quién sólo puede llegar a ella tras un camino hostil de competencia. Parece claro que debemos redefinir lo que entendemos por colaboración y garantizar su acceso a todas las personas, aprendiendo, sobre todo, a perder y a ceder espacios. Eso es ser demócrata.

Como sociedad es imperativo preguntarnos estructuralmente, ¿dónde nos encontramos? ¿Inculcamos la colaboración a las nuevas generaciones? ¿Desempeñamos nuestro trabajo, nuestro activismo, nuestro liderazgo, desde la cocreación? ¿Incorporamos a nuestros procesos voces que desconocemos, con las que no coincidimos o que suponen un reto a las certezas que decimos poseer?

En realidad, formamos parte de una gran trampa, hemos llamado colaboración a la retroalimentación de opiniones sin contraste, situándonos en las antípodas de su ejercicio real. Inventamos la "integración", pero machacamos la diferencia y homogeneizamos los procesos acorralándonos en burbujas cada vez más atomizadas, con muros más infranqueables. Esta gran trampa se encuentra imbricada, además, en un contexto de profunda desafección, de falta generalizada de confianza y de ausencia completa de sentido. Culturalmente el gran reto que hallamos por delante son las respuestas del *para qué*, para qué colaborar, para qué tejer inteligencias colectivas en mundos cada vez más virtuales y autodestructivos. En esta humilde conversación respondemos tajantes: para salvarnos.

La inteligencia colectiva abre caminos que entienden, porque la representan, la complejidad del sistema en el que vivimos. Por ello consigue resultados inalcanzables mediante otra técnica: conexiones humanas que solo la cultura alcanza, integración de las emociones en espacios normalmente verbales y racionales, soluciones a desafíos en los que hasta ahora solo hemos fracasado, acuerdos donde antes solo había desencuentros y abandono del terreno individual para la construcción de una resiliencia que solo es posible como red colectiva de amortiguación y vida.

El sujeto de la inteligencia colectiva es el legado y la fuerza que necesitamos en las políticas públicas, pues la democracia es un proceso siempre necesitado de más, siempre inacabado, que se fortalece con nuestra participación, con la confianza que se crea cuando se pierde el miedo a institucionalizar la disidencia, la duda, el cambio de opinión, la humildad.

Esta es la revolución que espera la democracia, que necesitan los retos complejos del mundo; transicionar de una concepción meramente liberal construida sobre la idea de un sujeto monádico racional que debe ser protegido del resto y del Estado, a una democracia relacional, que crea vínculos y que pelea por derechos colectivos.

Una democracia de los cuidados donde el status de ciudadanía no solo represente una protección, sino una constante posibilidad de creación positiva. La diferencia en realidad entre la inteligencia individual y la común y compartida es la diferencia que existe entre este artículo que aquí termina y el que habría escrito yo si no hubiera participado en este encuentro. Porque esa inteligencia colectiva no solo ha sido el contenido de la conversación; ha sido también la herramienta de la misma.

Esa transformación que se ha dado en mí, casi poética si nos imaginamos la abstracción del hilo que nos vertebra como sociedad en una cooperación constante, es la inteligencia colectiva que tuvo lugar el 29 de junio de 2023 en la Fundación Ortega-Marañón.